

dad pública y privada. No solamente os felicitamos á Vos, carísimo hijo en JESUCRISTO, por todos esos bienes, sino tambien á toda esa nacion española, á la que queremos en Nuestro Señor con particular solicitud, á causa de su constante amor á la religion cristiana y de las muchas pruebas de fidelidad que nos ha dado, así como á la Silla apostólica, cuya nacion será una de las primeras en experimentar los felices resultados que ha de dar el establecimiento de esa ilustre sociedad, que tanto nos esforzamos en procurar á todos los fieles.»

Creemos que con lo expuesto queda suficientemente aclarado el asunto y justificada la por mil títulos célebre Compañía de Jesús.

CAPÍTULO XIV.

DIVERSAS ANÉCDOTAS SOBRE LA CARIDAD DE PIO IX PARA CON LOS DESVALIDOS.

HEMOS visto que el Papa al dar su encíclica sobre las Órdenes religiosas se proponía que aquellas *legiones auxiliares de Cristo*, que tanto sirvieron siempre, adornaron y defendieron así al Cristianismo como á la sociedad civil, resplandeciesen mas y mas por la práctica de las virtudes evangélicas, por el fiel desempeño de los ministerios eclesiásticos y la observancia exacta de sus respectivas reglas y constituciones.

No quiso Pio IX que su encíclica fuese una letra muerta en Roma, y así se propuso vigilar por sí mismo si eran fielmente cumplidos sus mandatos. Una noche, á hora bastante avanzada, se presenta seguido de un solo camarero á las puertas de un convento y pregunta por el Prior. El portero, que á través del ventanillo no distinguió la sotana blanca del Papa, contestó al que creía un visitador importuno.—¿Es esta hora de llamar á la puerta de un convento? El Prior está en la cama, y la comunidad duerme. Volved mañana.—Andad, contestó el Papa, decid al Prior que el hermano Mastai desea hablarle. El portero abrió los ojos, y reconociendo que era el Santo Padre, abrió inmediatamente la puerta, y pidiendo perdon le hizo entrar. Pio IX inspeccionó el convento, tocando una por una á todas las puertas de las celdas. Dos religiosos no respondieron. Para excusarlos, el Prior pretextó que la fuerza del calor les habia hecho salir á buscar el fresco en las afueras. Pio IX reprendió severamente al Prior, y le enseñó con su ejemplo el cuidado que deben tener los Superiores en no dejar relajar la disciplina, y ordenó que al dia siguiente los dos religiosos fuésen á expiar su falta á la casa de correccion eclesiástica. El hecho fue sabido al dia siguiente en toda Roma, y es seguro que produjo mas fruto que habia producido la encíclica para el cumplimiento de la disciplina monástica en todas las familias religiosas.

Son en gran número los hechos que se refieren acerca de la caridad de Pio IX y su misericordia para con los desvalidos. La grandeza de su dignidad, superior en mucho á la de los reyes y emperadores, no impide el que puedan acercarse á él hasta los mas desvalidos y miserables. No olvida ni un momento que es Vicario en la tierra de aquel Dios-Hombre que pasó por el mundo haciendo bien, que se acercaba mas al pobre que al poderoso, y que mostraba un amor extraordinario á los sencillos. Cuentan que un habitante de uno de los barrios mas próximos al Quirinal, donde Pio IX residió hasta su salida para Gaeta, se veía afligido por la pérdida de un caballo que poseía, y cuyos servicios le eran muy necesarios para conducir al mercado las provisiones, con cuyo producto se ganaba el sustento. Hallándose en estado de bastante pobreza para poder reemplazarlo con otro, y habiendo oido hablar de la caridad del Santo Padre para con los pobres, pensó naturalmente acudir á Su Santidad para suplicarle le socorriese en aquella necesidad tan apremiante. «Siendo tan bueno el nuevo Papa, ¿por qué no he de ir á pedirle uno de sus caballos?» se decia á sí mismo. Pareciéndole excelente su idea, fué al Quirinal, y encontrando al pié de la escalera un secretario del Soberano Pontífice, le dijo francamente el motivo que le llevaba á aquel lugar. El secretario se encargó de presentar su petición á Pio IX. El Santo Padre, que se alegró de la confianza que aquel pobre hombre fundaba en su amor paternal, no quiso que fuese defraudada, y ordenó que inmediatamente le entregasen el caballo y juntamente dos monedas de oro para que arreglase sus negocios. Aquel pobre hombre salió del palacio pontificio vertiendo lágrimas de gratitud y colmando de bendiciones al santo Pontífice.

Otro día, al tiempo que el Papa iba á subir al coche, vió en las puertas del Quirinal un pobre niño que sollozaba. Los guardias, para quitar este espectáculo de la vista del Santo Padre, querian hacerle retirar. Pio IX, que lo advirtió, hizo que se lo acercasen, y con la mayor bondad preguntó cuál era la causa de su aflicción. El niño dijo:—Acaban de poner á mi padre en prision por una deuda de doce escudos.—El Papa se volvió á los que le acompañaban, y preguntó si habia alguno que pudiese prestarle aquella suma. Ninguno pudo satisfacerle, y entonces el Papa subió á sus habitaciones á buscarla, y la entregó al niño dejándolo consolado. Cuantos presenciaron aquel hecho no pudieron menos de enternecerse.

Otro muchacho mas atrevido que el anterior escribió una carta á Pio IX, manifestándole en ella que su madre era viuda, y que se hallaba enferma y en la mas espantosa miseria, y que él era solo para asistirle; pero que no podía comprar las cosas de primera necesidad, ni aun los medicamentos que le convenian. El solicitante concluía su epístola pidiendo al Papa una corta cantidad, diciendo que al día siguiente iria al Quirinal á buscarla. Cuando el pequeño solicitante se presentó, el Papa habia dado orden de que le condujeran á su presencia. Despues de haberle interrogado, el Santo Padre le entregó dos monedas de oro. «Me dais, dijo el muchacho, tres paulos de mas, y no tengo para daros la vuelta.» El Papa le dijo que se los guardase, y luego le despidió. Sin embargo, le hizo seguir para saber si le engañaba. Las noticias que recibió acerca del muchacho y de su madre confirmaron cuanto aquel le habia dicho. Pio IX le hizo volver, y le dijo que se encargaba de su educación y de su porvenir. «Pero esto no puede ser, dijo el niño con pena. Mi madre no tiene mas que á mí: yo no puedo abandonarla.»—«Bien, dijo el Santo

«Padre, complacido de tan bellos sentimientos; puesto que tu madre es tan «pobre y que tú la amas tanto, yo me encargo de los dos.» En efecto, desde aquel momento Pio IX se hizo cargo de la pobre viuda, á la que ha socorrido generosamente hasta su muerte, y del pobre niño, que ha recibido la mas esmerada educacion á sus expensas.

El hecho que acabamos de narrar nos trae á la memoria otro de la misma indole que oimos referir en Roma en el mismo dia en que tuvo lugar, y que despues hemos visto citado por algunos escritores, aunque no con todos sus detalles.

Un dia tuvo noticia Pio IX de que un religioso, creemos que el Superior del convento de Trinitarios de las Cuatro fuentes, vecino del Quirinal, se hallaba en la agonía. Movidó por los sentimientos de su corazon paternal, quiso visitarle para aplicarle una indulgencia plenaria. Con este objeto y seguido de un solo capellan salió del Quirinal por la puerta que da frente al convento. No tenia mas que atravesar la calle. En aquel corto trecho se le acercó un niño.

— ¿Sois Vos el Papa? le dijo arrojándose á sus piés.

— Sí, amiguito; yo soy el Papa, le respondió Pio IX.

Entonces el niño se puso á llorar, diciendo:

— ¡No tengo padre!...

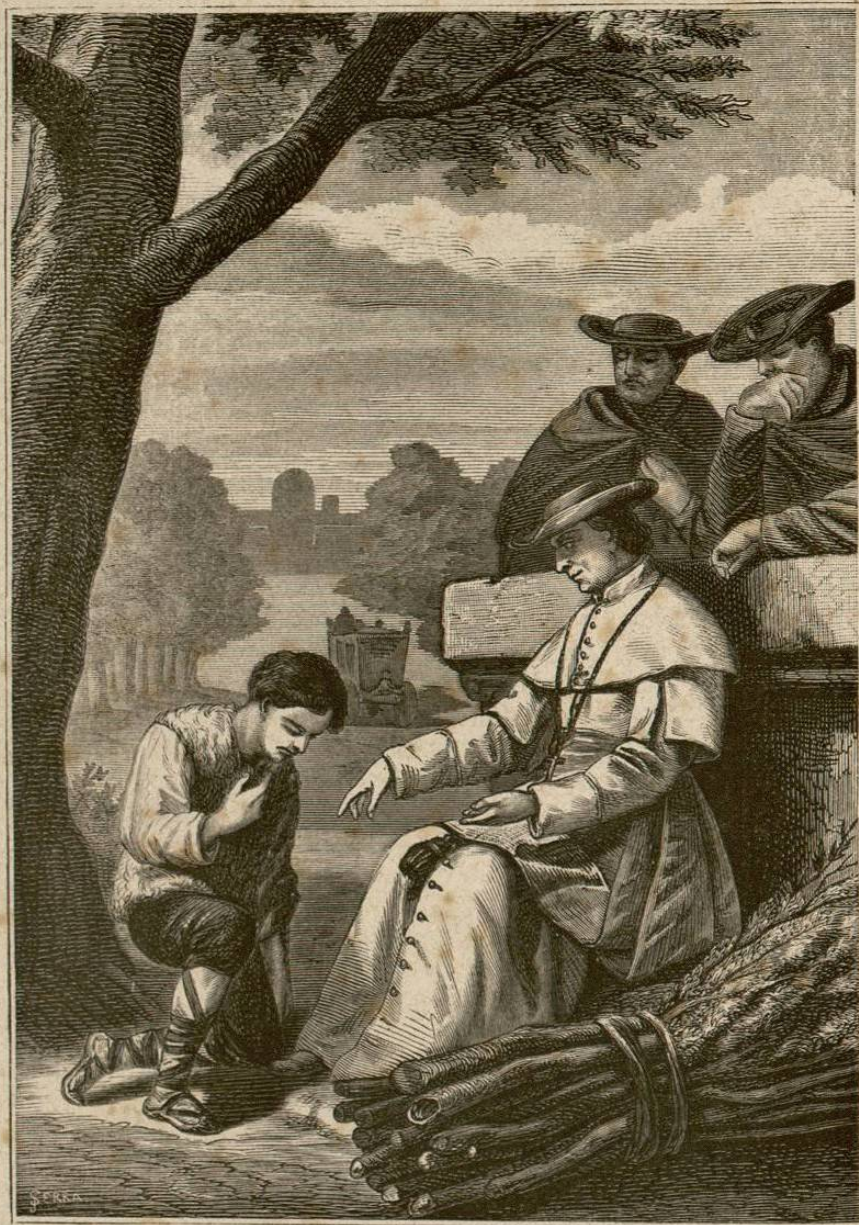
— Consuélate, hijo mio; tú tendrás un padre en mí.

Hízole esperar en el convento en tanto que hacia su visita al enfermo; despues le condujo á palacio, y dió inmediatamente la órden de que fuese conducido é instalado á sus expensas en una casa de educacion, avisando al mismo tiempo á una tia del niño, en cuya compañía vivia, á la que socorrió con generosidad. En cuanto al religioso enfermo, que recibió una extraordinaria sorpresa al ver á su cabecera al Vicario de JESUCRISTO, fué mejorando paulatinamente habiendo recobrado su completa salud.

¿Qué nos dicen en favor de Pio IX los hechos que acabamos de narrar? ¿No es un espectáculo lleno de ternura el ver á la majestad mas grande de la tierra, haciéndose pequeño con los pequeños, sencillo con los sencillos, y siempre extendiendo su mano bienhechora á los indigentes? Este es el gran sacerdote que fue cortado á medida del corazon del Salvador divino; este es el Pontífice que fue colocado por Dios sobre el candelero de la Iglesia para que el mundo sea iluminado por los rayos de sus virtudes y de su doctrina. Fuerte, intrépido para luchar con los enemigos de la Iglesia, es un ángel en la mansedumbre y en la misericordia para hacerse todo para todos, sin que quede uno que á él se dirija que no participe del calor de su caridad.

Y no solamente para con sus hijos, los católicos, tiene palabras de consuelo y acciones de santo, sino aun para los mismos que desgraciadamente viven apartados de la verdad católica. De esto veremos diversos ejemplos en el curso de nuestra obra. El que vamos á consignar al presente es superior á toda ponderacion.

Hay en Roma un barrio destinado exclusivamente para los judíos, el que es conocido con el nombre del *Ghetto*. Sus calles son estrechas, y todo respira miseria en aquellas por lo general oscuras tiendas, por mas que algunas de ellas pertenecen á ricos israelitas. Los judíos son por lo regular súcios, y piensan mas en los intereses materiales que en el aseo de sus casas y personas. Desde el momento en que Pio IX subió á ocupar el trono pontificio, pensó en



PIO IX SOCORRE Á UN NIÑO DEL CAMPO.

mejorar la situación del *Ghetto* haciéndolo más habitable. Una comisión de israelitas pasó á dar las gracias al Papa, el cual acogió con su natural bondad á aquellos representantes del *Ghetto*, á los cuales prometió que sus paternales cuidados alcanzarían también á sus correligionarios. La comisión le hizo el homenaje de un cáliz antiguo conservado por espacio de más de dos siglos en el *Ghetto*. Pío IX aceptó el presente con bondad:

—Hijos míos, les dijo, acepto vuestro presente con placer y os doy las gracias.

En seguida, sentándose en su bufete, escribió sobre el primer pedazo de papel que tuvo á mano: *Bono por mil escudos*; y después de firmarlo,

—Aceptad á vuestra vez, les dijo, esta pequeña suma, y distribuidla de parte de Pío IX entre las familias más pobres del *Ghetto*.

Algunos días después de este suceso, el Santo Padre, pasando por las inmediaciones de aquel barrio, vió un desgraciado anciano tendido sobre el pavimento casi sin vida.

Bajó de su carruaje y se acercó á aquel hombre.

—Es un judío, dijeron algunas personas, y nadie le presta socorro.

—¿Qué decís? replicó el Papa en alta voz: ¿no es un semejante nuestro el que sufre? Necesario es, pues, socorrerle.

El mismo Pío IX, ayudado de los prelados que le acompañaban, le levantó, y colocándole en su propio carruaje, le condujo á su casa, y no le abandonó hasta que le hicieron volver en sí (1).

Pocos días habían pasado después de aquel suceso cuando un soldado acercándose á la carroza del Papa en el momento en que descendía de ella Su Santidad,

—Santo Padre, le dijo presentándole un pan de munición, hé aquí lo que nos dan en el cuartel.

El pan era de malísima calidad.

—¿Es esto lo que os dan diariamente? le preguntó el Papa.

—Diariamente, Santísimo Padre.

—Bien, hijo mío, replicó el Papa con aire de compasión; Nos lo remediarémos inmediatamente.

Al día siguiente el proveedor fue castigado severamente, distribuyéndose á toda la guarnición un pan de buena calidad.

Volúmenes enteros serían necesarios para contar hechos de esta naturaleza, repetidos cada día, durante el pontificado de Pío IX. Empero, ya que á este asunto hemos dedicado el presente capítulo, no desagradará al lector que narremos algunos otros.

Está en uso en Roma el que todas las jóvenes lleven una cruz de oro pendiente al cuello: esta cruz es para ellas un objeto querido que no separan jamás de sí. Una joven obrera se vió en la necesidad de vender su cruz para alimentar con su producto á su anciana madre.

—Mi buena madre, la dijo entrando en su habitación, hé aquí que ya tenemos pan para algunos días. En adelante no careceréis de nada; ya no volveréis á tener más hambre. Pío IX, nuestro buen padre, ha dado sus órdenes para ello. Consolaos; el buen Dios no nos abandonará, y el Santo Padre vela por nosotras.

En efecto, á las pocas horas pudo verse la esperanza convertida en conso-

(1) *Vie populaire de PÍE IX*, pág. 26 y 27.

ladora realidad. ¿De qué manera?... Se ignora, pues este es el secreto de la caridad. Empero la misma noche la pobre niña toda temblando abrió una carta procedente del Quirinal, en la que encontró su cruz querida con cinco monedas de oro.

La carta contenía estas líneas:

«Mi amada hija: Habeis tenido razón en esperar en Dios, que no abandona jamás la piedad filial. Habeis tenido razón en esperar en Pío IX: él vela por tí y por tu madre, y no moriréis de hambre (1).»

Pío IX, como vicario de JESUCRISTO, bendice al mundo, pero él es al propio tiempo objeto de las bendiciones de todos los fieles, y muy especialmente de tantas personas que han podido experimentar los efectos de su bondadosísimo corazón. ¡Quién podrá explicar las lágrimas de gratitud que vertería aquella inocente niña y su anciana madre al encontrar un padre cariñoso en el que lo es de todos los cristianos!

El pueblo romano ama hasta el delirio á su soberano Pío IX. Cuando estas líneas escribimos, el Santo Padre apura el cáliz de la amargura viéndose cautivo en el Vaticano: Roma se halla en poder de un monarca invasor que se ha valido de la fuerza para hacerse dueño del patrimonio de san Pedro, pues miente villanamente el que asegure que se ha entibiado el amor del buen pueblo romano hácia el Sumo Pontífice. Nosotros hemos visitado más de una vez á Roma, hemos vivido largas temporadas en la Ciudad eterna, y hemos sido testigos de mil escenas que nos confirman en lo que acabamos de decir. El pueblo romano, lo repetimos con gozo en el corazón, ama hasta el delirio á su anciano Pontífice. Séanos permitido, por una sola vez, faltar al orden cronológico en la historia que venimos escribiendo, pues no podemos resistir al deseo de consignar en este lugar y por adelantado un hecho que acaba de tener lugar, y que abre el corazón á la más halagüeña esperanza de ver en un plazo más ó menos cercano al augusto Pontífice ser nuevamente saludado y aclamado por las calles de Roma como legítimo soberano de los Estados de la Iglesia.

Mediten sobre el hecho que vamos á referir los que creen que está consumada y afirmada la desdichada unidad italiana que ha arrancado de las manos de Pío IX el cetro de su soberanía temporal.

Cuando, no obstante hallarse Roma en poder de los usurpadores, numerosas comisiones de todos los países católicos han acudido al Vaticano para felicitar al ilustre anciano que es el Jefe espiritual de doscientos millones de católicos, Roma, que en su gran mayoría ama á Pío, ha hecho una especie de plebiscito en favor de su soberanía temporal. Sabido es que la mayoría de los empleados por el Gobierno pontificio han preferido el hambre y la miseria á servir al nuevo Gobierno. Pues bien, la *Sociedad de los intereses católicos*, formada en la capital del mundo cristiano, se ha presentado al Papa con un documento de adhesión firmado por 27,165 ciudadanos de Roma, todos padres de familias que se mantienen fieles á su autoridad. Debe tenerse en cuenta en primer lugar que las firmas se han recogido con gran legalidad y escrupulosidad, todas de propia mano de los firmantes; es decir, que los que no saben leer y escribir no han firmado, y sabido es que entre ellos tiene también el Papa muchos partidarios. En segundo lugar debe notarse que Roma no es una ciudad excesivamente populosa, y que, como todo el mundo sabe, está ausente de

(1) *Vie populaire de PÍE IX*, pág. 37.